

ELLIOTT, John H. y Fernando NEGREDO (eds.), *Memoriales y cartas del Conde Duque de Olivares*

Agustín Jiménez Moreno

Doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

John H. ELLIOTT y Fernando NEGREDO (eds.), *Memoriales y cartas del Conde Duque de Olivares*. Vol. II. Correspondencia con el Cardenal Infante don Fernando (1635-1641), Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica-Marcial Pons, 2021. 977 pp.

La figura de D. Gaspar de Guzmán, que ha pasado a la historia como Conde Duque de Olivares (si bien en la documentación de la época se le denominó, hasta 1625, conde de Olivares, y tras esa fecha, una vez fue honrado con el ducado de Sanlúcar la Mayor, Conde Duque de Sanlúcar) es uno de los nombres propios de la Historia de España.

Pero su figura fue cuestionada, criticada e identificada con la decadencia y la ruina de España desde incluso antes de ser apartado del poder por Felipe IV (enero de 1643), permaneciendo en vigor tales apriorismos hasta bien entrado el siglo XX. Una de las primeras aportaciones que rebatió esta realidad fue Gregorio Marañón (*El Conde Duque de Olivares. La pasión de mandar*. Madrid, Espasa-Calpe, 1936), quien reivindicó la figura de Olivares como estadista, si bien desde la perspectiva de su compleja personalidad, definida como megalomaniaca, ávida de poder y obsesionada por reverdecir las glorias imperiales de Carlos V.

No obstante, el verdadero cambio de tendencia se produjo a partir de la segunda mitad del siglo XX, con los trabajos de Antonio Domínguez Ortiz (*Política y hacienda de Felipe IV*. Madrid, Editorial de Derecho Financiero, 1960; *Las clases privilegiadas del Antiguo Régimen*, Madrid, Istmo, 1973) y José Alcalá-Zamora (*España, Flandes y el Mar del Norte (1618-1639). La última ofensiva de los Austrias madrileños*. Barcelona, Planeta, 1975), que aportaron una visión mucho más equilibrada de la figura de Olivares y, al mismo tiempo, reivindicaron la figura del Rey Planeta como monarca burócrata, preocupado e interesado por el gobierno de la monarquía, demostrando un conocimiento de la realidad mucho mayor del que había apuntado la historiografía tradicional, que había le había considerado como un monarca abúlico, interesado únicamente en los placeres terrenales, lo que le llevó a dejar los asuntos de Estado en manos de su todopoderoso valido.

Esta línea historiográfica se consolidó con la aparición de las obras de John H. Elliott (*The revolt of the catalans: a study in the decline of Spain*. Cambridge, Cambridge University Press, 1963; *Imperial Spain, 1469-1713*. London, Edward Arnold, 1963; y sobre todo *The Count-Duke of Olivares: the statesman in an age of decline*. New Haven-London, Yale University Press, 1986), que abrieron el camino a la aparición de nuevos estudios sobre este periodo, ofreciendo una visión de Olivares como un ministro preocupado por los grandes problemas a los que se enfrentaba una monarquía de dimensiones mundiales, más allá del clásico recurso a sus ansias de poder y a la indolencia del soberano.

Precisamente unos años antes de la aparición de la monografía sobre la figura de D. Gaspar de Guzmán, vio la luz una obra que desde el momento de su publicación se convirtió en un referente: *Memoriales y cartas del Conde Duque de Olivares*. Se trataba de un trabajo en dos volúmenes, en cuya realización participó José Francisco de la Peña, que vio la luz en los años 1978 y 1981, publicados por la editorial Alfaguara. En un primer momento iban a conformar la introducción de la biografía sobre Olivares, y más adelante se pensó que fueran un complemento de dicha obra.

Ambos volúmenes, centrados en aspectos de la política interior del reinado de Felipe IV, fueron un gran éxito editorial, y su adquisición se convirtió, desde muy pronto, en tarea prácticamente imposible. Hubo que esperar al año 2013 para que aparecieran en un único volumen, revisado, ampliado y puesto al día por el

propio John H. Elliott y Fernando Negredo del Cerro, en el cual desgraciadamente no pudo participar José Francisco de la Peña (fallecido en 1995).

Precisamente en el acto de presentación de dicha obra se anticipó la próxima publicación, por primera vez, de una segunda parte, la cual estaría compuesta por la correspondencia entre el propio Olivares y el Cardenal Infante Don Fernando de Austria, hermano del rey Felipe IV, gobernador de los Países Bajos desde noviembre de 1634 y hasta su fallecimiento en noviembre de 1641. Sin embargo por diversos motivos su aparición se dilató hasta principios del año 2021.

Pese a todo la espera bien ha merecido la pena, pues nos encontramos con un trabajo que, al igual que su antecesor, está llamado a convertirse en un clásico de los estudios sobre Olivares, así como en una referencia fundamental para el estudio de un periodo tan importante de la política exterior de la monarquía española, en el cual se estaba dirimiendo la hegemonía en el continente con Francia y se mantenía la guerra contra la República Holandesa, todo ello sin perder de vista la situación en el Imperio, cuyas repercusiones forzosamente tenían consecuencias en la posición continental de los Austrias madrileños.

Como he referido, la obra ha sido editada por John H. Elliott y Fernando Negredo del Cerro, e incluye, además de las cartas entre Olivares y el Cardenal Infante, cuatro estudios preliminares que constituyen un perfecto preludio a la documentación propiamente dicha, al tiempo que encuadran tanto espacial como temporalmente la lectura de las misivas.

El primero de ellos, realizado por el propio John H. Elliott, se titula *El Conde Duque y el Cardenal Infante*. En él traza las líneas maestras de la relación entre ambos personajes, partiendo del problema de los infantes (Don Carlos y Don Fernando) en la Corte de Felipe IV, y la posibilidad de que fueran utilizados por la nobleza para debilitar a la Corona o socavar la privilegiada posición del ministro.

Por ese motivo se decidió que asumieran el gobierno de alguno de los territorios que componían la monarquía española. En el caso de Don Carlos su destino sería Portugal, si bien no llegó a ocupar el puesto; mientras que Don Fernando, tras un periodo de formación en Cataluña y Milán, se haría cargo de los Países Bajos, sustituyendo a su tía, la Infanta Isabel Clara Eugenia. Fue precisamente la muerte de ésta, acontecida en diciembre de 1633, lo que dinamizó su salida de Milán para tomar posesión del cargo lo antes posible.

Otro de los aspectos a destacar es la posición del Cardenal Infante dentro de la estructura de poder de la monarquía española. En cuanto a esta cuestión, tal vez pueda sorprender que pese a su origen, y a que ocupaba uno de los puestos más importantes, nunca pudo disfrutar de un poder tan omnímodo como el que ostentó Olivares, pues estaba rodeado de funcionarios que coartaban su libertad de movimientos, destacando sobre todos ellos Pierre Roose, presidente del Consejo Privado y hombre de confianza de D. Gaspar; sin olvidar sus disputas con el alto mando del ejército de Flandes. La consecuencia de todo ello produjo que los forcejeos entre ambos fueran habituales, ya que Don Fernando deseaba asumir más poder y gozar de una mayor autonomía. Sin embargo, a pesar de todo, tal y como pone de manifiesto Elliott, ambos desarrollaron una fructífera relación de trabajo cuyo fin último era garantizar la integridad territorial de una posesión tan importante como eran los Países Bajos.

El segundo está firmado por Manuel Amador González Fuertes, uno de los mayores expertos en la administración de la monarquía y sus entresijos (*La organización institucional de la Cámara de Castilla en la época borbónica*. Córdoba, Universidad de Córdoba, 2003). Así como dos trabajos publicados junto con Fernando Negredo: “De copistas y censores: una versión íntegra del memorial de 1637 del Conde Duque de Olivares”, en: *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 11 (2012). pp. 159-207; y “El control de la magistratura a través de los informes anuales remitidos a la Cámara de Castilla”, en: *Memoria y civilización*, n.º 22 (2019). pp. 289-316), y lleva por título *La correspondencia de mano propia entre el Cardenal Infante y el Conde Duque*.

En él se resalta la singularidad y el valor histórico de las cartas entre ambos personajes, ya que se trata de su correspondencia personal, privada, al margen de la oficial, circunstancia que nos permite acercarnos a la realidad cotidiana de la práctica del poder sin cortapisas ni intermediarios. De la misma forma debe destacarse el exhaustivo trabajo de investigación, en ocasiones rozando lo detectivesco, para localizar unas cartas cuyas copias se encontraban dispersas por diferentes fondos documentales, tanto españoles como extranjeros (Archivo Ducal de Medinaceli, Archivo de los marqueses de Miraflores, Biblioteca de Castilla-La Mancha, Bayerische Staatsbibliothek, la Real Academia de la Historia y la British Library).

En tercer lugar aparece el ensayo de Fernando Negredo del Cerro: *La política centroeuropea de la Monarquía hispánica (1635-1641): un contexto para la correspondencia*. Se trata de un documentado estudio en el cual el autor profundiza en la línea iniciada en otros trabajos (“Un episodio español en la Guerra de

los Treinta Años: la embajada del marqués de Cadreita al Sacro Imperio y el acercamiento al elector sajón (1629-1631)", en: *Hispania*, n.º 251 (2015). pp. 669-694, *La Guerra de los Treinta Años: una visión desde la monarquía hispánica*. Madrid, Síntesis, 2016 o "Hacia el cambio de hegemonía. La monarquía hispánica y el imperio entre Nordlingen y Corbie, 1634-1636", en: *Studia Historica. Historia Moderna*, n.º 41 (2019). pp. 117-152), los cuales han desmontado muchos de los mitos sobre las relaciones entre Madrid y Viena, así como los verdaderos fines de la política española en el Imperio.

A este respecto, cabe destacar la estrecha relación existente entre el conflicto que se estaba dirimiendo en Centroeuropa con la suerte de los Países Bajos, que tal y como acertadamente mantenían los dirigentes españoles, eran realidades inseparables; si bien sus parientes vieneses no opinaban lo mismo ya que pese a la afinidad dinástica, la colaboración entre las dos ramas de los Habsburgo fue escasa, y siempre que se consiguió fue sumamente costosa para Felipe IV. La clave de todo ello se encontraba en la desconfianza entre ambos socios, ocasionadas en gran medida por la diferencia de intereses estratégicos, lo que no hizo más que aumentar las dudas tanto en Bruselas como en Madrid, sobre la fiabilidad de los Habsburgo austriacos como aliados. Los recelos estaban más que justificados ya que desde principios de 1639 se asistió a un empeoramiento de las relaciones con Viena, que tuvo su punto culminante en el otoño de dicho año cuando, como consecuencia del deterioro de la situación en Alemania, el emperador Fernando III ordenó el regreso a tierras imperiales del cuerpo de ejército al mando de Octavio Piccolomini, el cual estaba financiado por la monarquía española y prestaba servicio en el ejército de Flandes.

Para hacer frente a este contratiempo, la monarquía española impulsó una iniciativa que ya se había intentado llevar a la práctica en otros momentos: la formación de un nuevo ejército de Alsacia. No obstante, y por diversos motivos, entre los que se encontraba la falta de colaboración (cuando no oposición) de los dirigentes imperiales, el proyecto no pudo salir adelante.

Alicia Esteban Estringana, especialista en el gobierno de los Países Bajos durante la primera mitad del siglo XVII (*Guerra y finanzas en los Países Bajos católicos: de Farnesio a Spinola (1592-1630)*. Madrid, Ediciones del Laberinto, 2002. *Madrid y Bruselas. Relaciones de gobierno en la etapa postarchiducal (1621-1634)*. Leuven, Leuven University Press, 2005), cierra los estudios introductorios con una extensa disertación titulada: *Olivares y el Cardenal Infante en el gobierno de Flandes: el desafío franco-holandés a la conservación de las provincias entre 1635 y 1641*. En ella se aborda el gigantesco esfuerzo que supuso para la monarquía española la defensa de los Países Bajos, especialmente desde mayo de 1635, cuando Francia la declaró la guerra por haberse apoderado, a finales de marzo, de la estratégica ciudad de Tréveris, cuyo arzobispo se había puesto bajo protección francesa. Si bien antes de que ocurriera ese acontecimiento Francia y la República Holandesa habían suscrito, a principios de febrero de dicho año, un nuevo acuerdo (el quinto) para apoderarse de ellos y formar un estado independiente, aunque al mismo tiempo se planeó su conquista y reparto entre ambos socios. La principal consecuencia de todo ello fue que, desde ese mismo año, Don Fernando se vio obligado a dividir los efectivos del ejército de Flandes para hacer frente a esta nueva amenaza.

A lo largo de los siete años en los que el Cardenal Infante permaneció al frente del gobierno de los Países Bajos, el curso de la guerra sufrió muchos altibajos, alternándose campañas sumamente productivas, donde se mantuvo a raya a franceses y holandeses, mientras que otras fueron negativas para las armas de la monarquía. Por ejemplo, la campaña del año 1635, a pesar de la derrota de Les Avins (acontecida en el mes de mayo), en líneas generales fue positiva para los intereses de los Habsburgo, pues no sólo se mantuvieron las posiciones ante el ataque conjunto franco-holandés, sino que se pudo pasar a la ofensiva y tomar algunas plazas a los holandeses, lo que ocasionó las primeras disensiones entre los aliados por el fracaso de la ofensiva, pues esperaban que fuera poco más que un paseo militar.

Teniendo en cuenta las circunstancias en las que Don Fernando desarrolló su cometido, así como la perenne necesidad de hombres y dinero (cuestión que se repite hasta la saciedad en la correspondencia) pese a los esfuerzos realizados desde Madrid para enviarle la mayor cantidad posible de ambos, y a la pérdida de algunas plazas frente a Francia (Landrecies, Cateau-Cambresis y Damvillers en 1637; Hesdin en 1639; Arrás en 1640 y Lens, La Bassée, Bapaume y Aire, unos días después de la muerte de D. Fernando, en 1641) y Holanda (Schekenschans en 1636 y Breda en 1637), la valoración general de su gobierno debe ser positiva. Precisamente su muerte causó una honda preocupación en tanto en Madrid como en Bruselas, pues sumía a los Países Bajos en la incertidumbre ya que D. Fernando había sido capaz de poner fin a las disensiones internas que caracterizaron el final del mandato de la Infanta Isabel Clara Eugenia, y no se sabía si su sucesor (Don Francisco de Melo) sería capaz de mantener esa cohesión.

En cuanto a la correspondencia entre el Cardenal Infante y el Conde Duque, se trata de 164 cartas, cada una de ellas con sus correspondientes notas en las que se aporta una valiosa información sobre personajes, lugares y hechos, lo que no solo facilita la lectura sino que permite su contextualización. El marco cronológico de las mismas abarca desde principios de abril de 1635 (cuando Don Fernando llevaba en Bruselas alrededor de cinco meses) hasta finales de julio de 1641 (unos cuatro meses antes de que tuviese lugar su óbito). Siendo las más numerosas las correspondientes al año 1639, cuando se contabilizaron 38 misivas (17 escritas por el hermano del rey y 21 enviadas por D. Gaspar).

Llama la atención el tono resignado que ambos emplean en sus comunicaciones con la otra parte. Tanto el Cardenal Infante como Olivares aparecen como dos titanes soportando sobre sus espaldas la terrible carga del mantenimiento de la primacía española en Europa. El primero de ellos en la posesión europea más importante de la monarquía, en unos momentos en los que la situación era cada vez más delicada como consecuencia del conflicto con Francia; y el otro coordinando desde Madrid el esfuerzo bélico de los Habsburgo madrileños, asumiendo la difícil tarea de remitir hombres y fondos (no sólo a los Países Bajos) para atender el cada vez mayor número de desafíos a los que se enfrentaba la Corona española.

Así, son frecuentes los lamentos de Don Fernando pidiendo más y más recursos, esbozando un dantesco panorama en caso de no atenderse sus solicitudes, y reivindicando su acción de gobierno, hasta el punto de considerar mucho más importante el haber podido conservar los Países Bajos dentro de la monarquía española que su victoria en Nordlingen. Mientras que Olivares adopta una actitud pesimista y resignada, confesando en muchas ocasiones su deseo de abandonarlo todo y retirarse (si bien sin llegar a cumplir esa amenaza) ante el abrumador peso que recae sobre sus hombros. De igual modo, da la sensación de que esta correspondencia les permitía a ambos desahogarse y consolarse mutuamente, encontrando algo de alivio y comprensión en la otra parte.

También destaca la sinceridad con la que expresan sus opiniones, con sus coincidencias pero, sobre todo, con sus desacuerdos. Sobre estos últimos merece una especial atención todo lo relacionado con la persona de Pierre Roose. Como ya se ha apuntado, este alto funcionario era el hombre fuerte de Olivares en Bruselas, y conforme fue pasando el tiempo su relación con el Cardenal Infante empeoró progresivamente, siendo cada vez más frecuentes las quejas sobre su competencia profesional, que en su opinión retrasaban la toma de decisiones. No obstante, y a pesar de la mala opinión que el hermano del rey tenía de este funcionario, Olivares no tenía ninguna intención de prescindir de sus servicios.

Otro punto de fricción estuvo ocasionado por la reacción de Olivares con motivo de algún revés militar. En cuanto a este particular destacan dos momentos. El primero de ellos se refiere a la recuperación por los holandeses del fuerte de Schekenschans (tomado por las fuerzas de la monarquía en julio de 1635), acontecimiento que tuvo lugar a finales de abril de 1636. En una misiva fechada a finales de mayo de dicho año (carta 17), Don Gaspar le expresaba su profundo malestar por esa pérdida, al tiempo que le recriminaba (en un tono sincero, fruto de la confianza entre ambos) no haber hecho todo lo posible para evitar este revés. Mientras que el otro fue la pérdida de Breda, que cayó en manos de Federico Enrique de Orange en octubre de 1637, tras algo más de dos meses de sitio. En esa ocasión el Conde Duque se dirigió al gobernador de los Países Bajos en unos términos sumamente duros, viéndose obligado a pedirle disculpas por ello más adelante (carta 58).

Como conclusión, nos encontramos ante una obra que, tanto por su calidad historiográfica como por su rigor científico, será de obligada consulta tanto para los investigadores del periodo, como para todo aquel interesado en conocer de primera mano la realidad de la política exterior de la monarquía en unos años tan decisivos como fueron el gobierno del Cardenal Infante en Flandes.